



Lo más encomiable en *Cuaderno de Noviembre* es esta preocupación crítica por la palabra, esta decisión de adentrarse en su más íntima naturaleza (Huerta escribe: *el cerco del pronombre*) para confrontarla y verificarla en la "práctica", para aprehender esa distancia que es propiamente el espacio que permite la poesía:

Todo lo que menciono, el turbio lago que inextinguiblemente nos rodea, está lejos del nombre, y más allá de la luz que yo puedo dibujar con tu recuerdo y tu respiración; lo sé mientras escucho el aire, las voces agobiantes, el ardor del hastío, el encendido instante donde sobrevivimos (pág. 49)

Cuaderno de Noviembre se explica a sí mismo en la medida en que avanza la lectura. Huerta señala que "Recobrar el mundo es un demonio, una mordaza... es una explicación universal (...) es un modo social que recoge la miseria y la falsifica sin definirla (...) es disolver un peso que se inclinaba en la limpieza del asombro". La lectura sugiere que el "sentido" debe cambiar, dirigirse a esa "limpieza del asombro". Y si la poesía es la forma más plena y rica del asombro, una realidad totalizante, la identidad personal es entonces "acumulación de gravedad y estilo" y las cualidades son denostables, en cuanto contienen "la arena de pensar en alguien". Así, la idea del texto aspira a cristalizar en una forma que lo mismo puede ser disolvente (recelo ante todo lo que "sistematice" al mundo) o, constructiva (cuando ese sentido reorientado no es un puro caos):

... lo que hemos perdido es una oscura, terrible y sanguinaria fertilidad del mundo (pág. 53).

Los últimos poemas pueden funcionar como una consideración del *Cuaderno*, como si David Huerta lo mirara desde la distancia ("así estoy en medio del teatro de mí mismo / preguntando aún y desplazando *mi estilo*"), como si esto no fuera también un estilo, pues el estilo es un factor indispensable en el ejercicio poético —y Huerta debe saberlo.

... mis ideas saltaban en chispas, en esquirlas, en pedazos hasta el barniz de mi boca, el temor de mi voz en medio de los

chasquidos y la música torcida de noviembre
puesta en la espesura con toda deliberación (pág. 103-104)

Cuaderno de Noviembre es al mismo tiempo una expresión de madurez, de un evidente, serio y necesario trabajo con el lenguaje; también debe comprenderse como una transición del autor hacia un lenguaje poético distinto, que ya desde esta obra se perfila.

* *Cuaderno de Noviembre*, David Huerta. Alace-na / Era. México, 1976, 105 pp.

Un viejo (y sabroso) libro de Artemio de Valle Arizpe

por José Joaquín Blanco

La primera sorpresa al volver a un autor tan olvidado,* es que don Artemio se deja leer con facilidad; la segunda, que a veces no es sólo muy legible, sino ameno y hasta brillante. Es necesario destacar esto porque todo haría suponer que se trata de un autor ilegible o aburrido: la corriente colonialista no sólo lo fue en temas, sino también en el lenguaje: trató de poner en práctica un casticismo hechizo, lleno de léxico y fórmulas sintácticas obsoletas, como esos hijos de españoles que a pesar de haber vivido en México toda su vida, y a veces de jamás haber visitado España, tratan de hablar a la española inocentemente, de modo que cuando les falla la ortografía hacen el delicioso ridículo de sesear la c y cecear las eses, o decir un ¡pardiez! , cuando más bien convendría un ¡recórcholis! Esta inocencia es básica en el estilo "artemiano", y muchas veces enfanga y afea su prosa, pero también la enriquece porque no obedece solamente a un deseo de encerrarse en la nostalgia de la Nueva España contra el país revolucionado que le tocó vivir, sino también un verdadero apetito literario: enamorado de sus folios y libros viejos, con quienes conversaba más que con sus contemporáneos, le dio por hablar como aquéllos: el tiempo de sus lecturas fue su actua-

lidad y no la del calendario. Así, despliega una enorme riqueza léxica respecto a la vida, las técnicas y las costumbres de la colonia, que a veces sirve en sus textos para darles la pátina de antigüedad que buscan (uno no podría creer un relato sobre el siglo xvii en el que el héroe use blue jeans milano, se necesitan "calzas", por ejemplo).

Los temas de este libro, en cambio, no sorprenden mucho: la Virgen María baja a la tierra a salvar a una niña que se ahoga en el río, el dispendio y la decadencia de los nietos de los conquistadores, historias de mineros empobrecidos; misioneros beatos, estudiosos y milagrosos entre los tarahumaras y tepehuanes, fantasmas que vienen a dar riquezas a sus herederos en la macabra medianoche de la catedral metropolitana, curas bonachones que juegan a la baraja, monjas dulces o agrias y siempre espléndidas cocineras y bordadoras, la atmósfera de milagro que acompaña hechos como el descubrimiento de algún manantial de aguas medicinales, el lujo y el rebuscamiento de la cultura teológica de la Real y Pontificia Universidad, los conflictos entre las brujas y los prelados, el efebo Niño Jesús que tiene traviesos amores con una simpática monjita adolescente, el terror a los piratas ingleses en el mar y a los indios salvajes en tierra firme, judíos que consiguen hostias consagradas para escarnecerlas. En ese conjunto, sin embargo, destacan algunos momentos interesantes o curiosos: el relato "La casa de los Jáureguis" nos muestra que gran parte de la leyenda negra novohispana debe mucho más a Edgar Allan Poe y a los narradores góticos que a la verdad histórica, pero en este caso don Artemio le quita a la anécdota macabra el prestigio decadente o simbolista y la hace más próxima a la nota roja, de modo que bien podría resumirse como titular de *Alarma*: "RICA DAMA EMPAREDADA VIVA CON SU BEBE EN LOS BRAZOS POR PARRANDERO MARRIDO SIN ESCRUPULOS" (Desde luego, los redactores de *Alarma* mejorarían el título, reduciéndolo a una frase más llamativa como aquella de "HABLOLE, RECHAZOLO, MATOLA" de feliz memoria). Otro relato es encantador por su patriotismo gastronómico: las personalidades y las instituciones de la Nueva España deciden enviar al Papa regalos representativos, y allá van las joyas y orfebrerías, los lujos litúrgicos y los metales preciosos, pero un convento pobre no tiene nada qué enviar al Papa; en secreto, una monja redacta una carta que le manda en sobre lacrado, y resulta el regalo



que más entusiasmó a Inocencio XI: se trataba de una minuciosa receta de cómo preparar el pipián: "Cansado Su Santidad de los guisados al uso de Italia, mandó preparar ese platillo soberano, tal y como la monja lo explicaba de modo tan perfecto y minucioso. Su Eminencia el cardenal Volterra me refirió que estuvo a la mesa pontificia el día que Su Santidad comió el pipián. Quedó tan maravillado el Sumo Pontífice al probar esa cosa eminente, imponderable, succulenta; casi quedó en éxtasis, y dijo con los brazos abiertos y los ojos en alto: "*Beati indiani qui manducant pipiani*".

Ciertamente, Valle Arizpe da una imagen demasiado gentil de la colonia, detenida en los ociosos ires y venirse de conventos, casonas palaciegas, monumentos y celebraciones, pero lo salva muchas veces su sentido del humor. Así, una cosa tan convencional como una beata a quien asedia el diablo adquiere proporciones de tira cómica: "Doña Luisa de Cervantes, casada con Alonso de Valdés, regidor de esta ciudad, se hallaba visiblemente perseguida y molestada de un demonio de los que el vulgo llama duendes. Le hacía mil burlas pesadas, con las que la pobre mujer vivía aterrorizada, maltratada y corrida. Le daba golpes y bofetadas tremendas en el rostro, dejándolo señalado y moreteado de los continuos porrazos. Si estaba en visita con otras damas, de pronto se le salían los guantes de las manos, o bien, en presencia de todas, súbitamente, se le escapaban los chapines sin saber cómo y se iban saltando por el

estrado, llevándolos el invisible duende de una parte a la otra, y muchas veces, en lo más animado de la conversación, veían que de repente le quedaba sucia la cara de carbón o de tina, que el maldito demonio echaba para afrentarla, y, lo que era peor, en varias ocasiones le desató y le bajó rápidamente las enaguas, y esto ante señores, con lo que no le quedaba a la pobre doña Luisa más remedio que dar un grito y desmayarse. Cuando iba en su carroza, el maldecido duende la descalzaba las jervillas y arrojábalas por el aire a vista de cuantos pasaban por la calle, y si en su casa estaba ocupada en su labor y almohadilla, arrebatándosela de las manos se la tiraba por las ventanas, y, finalmente, a todas horas y en todos los lugares, y aun en las mismas iglesias, no dejaba de perseguirla, quitándole el manto, desgarrándoselo y rompiéndole el libro de sus oraciones o sus novenas, arrancándole el rosario de las manos", etc. En otro cuento, al morir su ama el perro se instala de guardia en el convento donde está sepultada "y para comer buscaba y comía lo que hallaba de las sobras por el convento. Y particularmente se iba a la portería a la hora de comer, adonde se ponía entre los pobres, y como uno de ellos, aguardando con paciencia su ración". En el cuento "El rosario de Amozoc" se relata la vida de un pueblo de orfebres que año con año organizaba una procesión en la que competían todos los habitantes con los crucifijos que cada cual forjaba. Unos eran monumentales y otros pequeños. El sacris-

tán cobraba cuota fija a cada crucifijo, y una dama tacaña que llevaba uno diminuto protestó de que se le cobrara lo mismo que a quienes lo llevaban enorme. De esa protesta surgió una batalla campal en la que cada cual, crucifijo empuñado como espada, hizo sus muertos y heridos en uno de los zafarranchos más memorables, según don Artemio, de la colonia.

El libro tiene dos textos que deberían aparecer en las antologías del cuento mexicano: el mejor, "El terror a los negros", cuenta la zozobra de los españoles en los primeros tiempos del virreynato por la posibilidad de una sublevación de negros, terror que estalló una noche en la que, desde el interior de sus casas amuralladas y sobreprotegidas, los españoles oyeron estruendo de matanza con tambores y caracoles de guerra y mugidos salvajes. Y bien habrían podido quedarse encerrados semanas, muertos de pánico, si no ocurre que un español aguerrido sale a la calle y descubre que no se trataba de los negros sublevados sino que "pasó corriendo una enorme piara de cerdos en brama". De cualquier modo, la Audiencia mandó ahorcar a más de treinta negros. Otro cuento, "La fundación del convento de Santa Teresa", narra la pugna entre un arzobispo y un descendiente de rico. Al morir, un rico había dejado sus propiedades para la fundación de un convento, pero el descendiente se negaba a entregarlas. Una trama de arremetidas de todo tipo culmina en el obvio triunfo del arzobispo, pero el descendiente hizo entre tanto anécdotas chistosas: el virrey le mandó "unos caballeros muy tiesos y formales" a convencerlo de que entregara al arzobispo las propiedades, el descendiente "les dio a beber muy afectuoso y comedido, como para agasajarlos, de un exquisito vino añejo que todos alabaron, pero que tenía enloquecedor peyote con otros raros ingredientes; se les subió en el acto a la cabeza y los dejó fuera de juicio, furioso accidente que los sacó de sí mismos. Entonces, medio desnudos, los echó a la calle el tal caballero y los hizo hacer figuras en medio del arroyo y los torearon los chicos y luego bailaron un bullicioso zarabulli, en medio de un apretado corro de gente perdularia que con grandes carcajadas y gritos de regocijo hacían burla de aquellos señores nobles y austeros, que se movían y saltaban con una gracia muy infeliz".

* Artemio de Valle Arizpe: *Jardín perdido*, México, Ed. Patria, 1962.